

SERMON

PARA

EL DIA DE LA ASCENSION.

*Et Dominus quidem Jesus,
assumptus est in celum.*

Marc., cap. 16, v. 19.

EL misterio de la Ascension, amado auditorio, es uno de los más augustos y consoladores de la vida del Salvador. Por eso la Iglesia viene celebrando esta festividad, de un modo solemnisimo, desde los tiempos primitivos.

Es además un dogma de nuestra fé, por el cual creemos y confesamos que nuestro Salvador Jesucristo, cumplida la obra de nuestra redencion, subió á los cielos de donde habia bajado, y donde habia estado desde la eternidad, y donde estará como Dios hasta el fin de los siglos, al mismo tiempo que en todo lugar presente por su divinidad. Y subió como

Dios y como hombre con su alma y con su cuerpo, y por su virtud propia, no llevado por ajena fuerza, como lo habian sido Habacuc y Elías, y lo fué despues su discípulo Felipe.

Pero si la idea sólo de esta Ascension prodigiosa es ya de suyo grandiosa y admirable, lo es mucho más cuando contemplamos el sorprendente aparato con que se realiza. Del cielo descienden numerosos escuadrones de ángeles, resplandecientes más que el sol, entonando armoniosos cantos de gloria al vencedor del mundo y de la muerte: alrededor suyo véense á los esclarecidos patriarcas y á los justos todos de la antigua ley, que habiendo roto las cadenas que les detenian en las oscuras cárceles del limbo ó seno de Abraham, tributan las más rendidas y fervorosas gracias á su Libertador: en la tierra sus apóstoles y discípulos, en número de ciento veinte, inundados en lágrimas, fijos sus ojos en la misteriosa nube que les habia ocultado al objeto de su tierno amor, oyen la voz del ángel que les dice lleno de dulzura: «Varones de Galilea, ¿por qué os admirais fijos vuestros ojos en el cielo? Este Jesus que habeis visto subir al cielo, radiante de gloria y majestad, volverá del mismo modo algun dia, para juzgar al mundo;» y entre tanto los habitantes todos de la Sion celeste, abren de par en par las puertas de las mansiones eternas, y exclaman alborozados: «¿quién es este Rey de la gloria? Este es el Señor fuerte y poderoso, el vencedor en las batallas.»

¡Oh triunfo de nuestro adorable Salvador, triunfo el más glorioso, el más dulce, el más consolador!

Yo me complaceria, amados míos, en no separarme hoy del monte de las Olivas, y contemplar con los santos apóstoles y amados discípulos de Jesus este hermoso cuadro. ¡Ah! Y ¡con cuánto gozo de mi alma os describiria la admirable Ascension á los cielos de nuestro divino Salvador! Pero tal vez su descripcion material produjera en vosotros afectos de admiracion sólo, y de una admiracion estéril. Creo, por tanto, más útil y provechoso penetrar en el fondo del misterio y examinar su espíritu, no su letra. Hé aquí el plan que me propongo.

¿Cuál es el objeto de nuestro divino Salvador en su admirable y gloriosa Ascension á los cielos? Su carácter de Maestro, de Libertador, de Redentor del mundo, de Cabeza visible de su Iglesia nos lo revela. Veámoslo.—AVE MARÍA.

*Et Dominus quidem Jesus,
assumptus est in celum.*

Marc., cap. 16, v. 19.

Si consultamos la santa Escritura, nada más frecuente, amados míos en Jesucristo, nada más frecuente que multiplicados anuncios proféticos del grande y glorioso acontecimiento que celebramos hoy. David, llamado con razón el rey de los profetas, tan ilustrado en los misterios de nuestra redención, parece destinado para esto sólo. «Levantad, oh príncipes, dice ¹, vuestras puertas, y vosotros mismos abríos, para dar paso al Rey de la gloria:» *Attollite portas, principes, vestras, et introibit Rex gloriæ.* «El Señor ha subido á los cielos entre aclamaciones de júbilo, y al sonido de trompetas. Cantad salmos á nuestro Dios, y entonad himnos de alegría á vuestro Rey:» *Ascendit Deus in jubilatione et Dominus in voce tubæ psallite Deo nostro psallite, psallite Regi nostro psallite* ². *El Señor*, dice en otro lugar ³, *dijo á mi Señor, siéntate á mi derecha: Dixit Dominus Domino meo, sede á dextris meis.* «De Sion, añade ⁴, hará salir

¹ Ps. 23, v. 7.^o
² Ps. 46, v. 6.^o
³ Ps. 109, v. 1.^o
⁴ Ps. id., v. 2.^o

el Señor el cetro de su poder, dominará en medio de sus enemigos:» *Virgam virtutis tuæ emittet Dominus ex Sion: dominare in medio inimicorum tuorum.*

No son menos brillantes los testimonios tomados de otros sagrados libros. *En la tierra apareció menor que los ángeles*, dice San Pablo ¹; *en su Ascension fué coronado de honor y de gloria. En la tierra*, dice Isaías ², *fué el último de los hombres, en su Ascension se le sujetaron todas las cosas. El hijo del hombre, despues de haber sido humillado por la ignominia de su Cruz*, añade San Pablo ³, *desarmó y venció todas las potestades del mundo, llevó su triunfo hasta los últimos confines de la tierra, y penetró en el mismo cielo.* Isaías, extasiado, exclama en nombre de los habitantes todos del cielo ⁴: *¿Quién es este que viene de los confines de Idumea, manchados sus vestidos, no con la sangre de sus enemigos, sino con la propia suya? Quis est iste qui venit de Edom, tinctis vestibus de bostrra?* Y contesta en nombre de los mismos el rey profeta ⁵. *Este es el Rey de la gloria, el fuerte, el poderoso, el vencedor en las batallas: Ipse est Rex gloriæ, Dominus fortis et potens, Dominus potens in prælio.*

Me haria interminable, señores, si hubiera de aducir siquiera una pequeña parte de los pasajes de la santa Escritura, que se refieren al grande misterio

¹ Ad Heb., cap. 8.^o
² Cap. 53, v. 3.^o
³ Ad Colos., cap. 2.^o, v. 15.
⁴ Cap. 53, v. 1.^o
⁵ Ps. 23, v. 8.^o

de la Ascension de nuestro divino y amado Salvador Jesucristo. Además de los que de un modo directo le figuran y le determinan, que ya por sí solos son innumerables, lo son indirectamente todos los que dicen relacion á su vida mortal, á sus humillaciones y á sus glorias, á su milagrosa resurreccion, á la economía toda de nuestra redencion, al establecimiento de su Iglesia y á la propagacion de su doctrina, cuyo término, cuyo fundamento y complemento estriba todo en su admirable Ascension á los cielos. Pero yo me he propuesto ocupar vuestra atencion con reflexiones, si no tan grandes y tan gratas, de seguro más útiles y provechosas.

¿Cuál es, pues, el objeto de nuestro divino Salvador en su Ascension gloriosa? ¿Con qué caractéres se nos representa al realizar tan grandiosa obra? Se propuso prepararnos el lugar que hemos de ocupar nosotros despues: se nos presenta bajo el carácter de Maestro, de Libertador, de Redentor del mundo, de Cabeza constante y eterna de su Iglesia, de continuador y consumidor de la obra que habia iniciado desde los primeros dias del mundo, continuado en figura durante los siglos de los patriarcas, y puesta en ejecucion desde el establo de Belen, hasta la cruz del Calvario. Hé aquí un tesoro abundantísimo de santas y provechosas verdades; examinémoslas brevemente.

Un doble objeto, pues, se propuso nuestro divino Maestro en su gloriosa Ascension, consumir la obra

de nuestra Redencion y asegurar á sus escogidos la posesion de la gloria. Para realizarle, era preciso que nos hiciera recoger todo el fruto de sus humillaciones y sus glorias, no sólo descendiendo de la Cruz, sino subiendo por su propia virtud al cielo. Era preciso que la sangre de la adorable Víctima fuese llevada al Santuario, y que todos los pueblos fuesen purificados con ella. Esto era lo que se figuraba por aquel gran sacrificio de expiacion entre los judíos, cuando el sumo sacerdote, despues de la inmolacion de la víctima, descorriendo el segundo velo, penetraba hasta la parte más interior y sagrada del Tabernáculo, llevando en sus manos la sangre de la víctima, ceremonia augusta, solemnísima, tremenda é imponente, que se verificaba una sola vez al año. San Pablo dice ¹: *que del mismo modo el Sumo Sacerdote Jesucristo debia penetrar en el Santuario, no figurado sino real que es el cielo, y presentar ante la eterna Justicia de Dios la sangre de la Víctima.*

Hé aquí la razon por qué Jesucristo sube al cielo con su alma y con su cuerpo, en que consistia la razon de víctima humana, con toda su humanidad ya gloriosa, y con toda su divinidad, que habia dado valor divino á los sufrimientos y humillaciones de aquella. Sube como verdadero Dios á su Reino, del que no habia estado jamás privado, y sube como verdadero hombre, para santificar á todo el hombre.

¹ Ad Heb., cap. 9.º, v. 24.

Sube por su propia virtud, y nosotros subiremos en virtud de su palabra. Sube como Hijo natural y consustancial del Padre, nosotros subiremos como hijos adoptivos del Padre, como hermanos y coherederos de Jesucristo. Por eso decia el mismo divino Salvador: «yo voy á mi Padre y mi Dios, que tambien lo es vuestro:» *ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum, Deum meum et Deum vestrum* ¹.

Sube á los cielos como cabeza de su Iglesia, de ese cuerpo místico, del que somos nosotros miembros, y entra en el cielo por nosotros, y nosotros le seguiremos, porque donde está la cabeza, deben estar tambien las demás partes del cuerpo. *Padre mio*, decia el mismo Salvador ², *Vos me los habeis dado, haced que estén conmigo donde yo estuviere*.

Sube como nuestro Mediador, para consumir la obra de nuestra reconciliacion con el Padre celestial, cuyo fruto será la perpétua paz en la gloria triunfante.

Y sube, en fin, á los cielos como Rey y Soberano universal, para demostrar que su reino no es de este mundo, como habia dicho antes por San Juan ³. Porque los reinos del mundo son como terrenos, caducos y perecederos, y su gloria es vana, como fundada sobre las riquezas y sobre el poderio de la carne; pero el reino de Jesucristo es eterno, espiritual, como

¹ Joan., cap. 20, v. 17.

² Joan., cap. 17.

³ Cap. 14, v. 18.

las riquezas que nos ofrece, y el poderio imperecedero de la virtud. En este reino aquellos son más ricos, más grandes, más distinguidos que buscan con mayor diligencia la gloria de Dios.

Tales son los títulos con que Jesucristo se presenta á su Eterno Padre, para alcanzarnos la herencia celestial. Revestido de las dotes de la inmortalidad, lleva consigo al cielo las cicatrices de sus heridas, como otros tantos títulos que nos dan derecho á la eterna bienaventuranza. El profeta Zacarías ¹ nos ofrece un pasaje bellísimo que comprueba esta verdad. Al presentarse Jesucristo en el cielo, pone en boca de su Eterno Padre estas palabras: «¿Qué llagas ó cicatrices son esas en medio de tus manos?» *Quid sunt plagæ iste in medio manuum tuarum?* Y el Salvador responde: «Estas llagas las he recibido de aquellos que me amaban:» *His plagatus sum in domo eorum qui diligebant me*. Como si dijera: «hé aquí lo que yo he padecido para reconciliar con Vos á los pecadores que me han amado.» ¡Ah! ¡qué dulces y consoladoras son estas palabras! ¡Un Dios que tanto ha sufrido por nosotros, porque nos ama! ¡Un Dios víctima por nuestros pecados, mediador para con Dios ofendido, nuestro Sacerdote, nuestra cabeza, nuestro Pontífice eterno, en presencia del supremo Juez, intercediendo por nosotros y ostentando en su carne sacratísima las heridas que le han inferido nuestros pecados!

¹ Cap. 13, v. 6.

Estas ideas, amados míos, son gratísimas, y excitan todo nuestro amor hácia ese divino mediador, que tan gratuitamente se ha constituido responsable de nuestras iniquidades. ¡Qué hubiera sido de nosotros sin la mediación de Jesucristo! ¡Muy ciegos é ingratos son los cristianos especialmente, que olvidan ó desconocen este inmenso beneficio!

Con mucha satisfacción y grande consuelo de mi alma me detendría en estas reflexiones, pero la extensión de los oficios eclesiásticos en este día me lo impiden. Veamos, pues, y contemplemos llenos de gratitud á nuestro divino Salvador, subiendo á los cielos desde el monte de las Olivas. Fijemos nuestra mirada, como sus fieles discípulos, en la nube misteriosa que nos le oculta y veámosle al través de ella penetrar en las eternas mansiones, por su propia virtud, en cuerpo y alma, rodeado de inmensa multitud de ángeles, aclamado Rey y Señor de cielos y tierra por todos los moradores de aquel delicioso recinto, como nuestro mediador, nuestro Salvador, nuestro maestro, cabeza de su Iglesia, dividida en triunfante, militante y paciente, ostentando ante la eterna justicia, irritada por los pecados de los hombres, las heridas que ha recibido por los mismos pecadores á quienes tanto ama. Y digámosle con toda la efusión de nuestras almas: «¡Oh divino Salvador, dulcísima Víctima inmolada por nosotros, sed siempre nuestro intercesor y dadnos participacion de esos inmensos y eternos bienes de la gloria!»—AMEN.

SERMON

PARA

EL DÍA DE PASCUA DE PENTECOSTÉS.

*Repleti sunt omnes Spiritu
Sancto, et cœperunt loqui.*

Act. Ap., cap. 2.º, v. 4.º

AUN cuando no tuviese nuestra adorable religion otra prueba de su divinidad que la multitud de grandes hechos que forman su historia, le seria esto muy suficiente para arrastrar el convencimiento de los más obstinados. Hoy ofrece á nuestra consideracion uno de aquellos acontecimientos, acaso el más grandioso, el más admirable y estupendo de cuantos vieron jamás los siglos: hélo aquí.

Era la Pascua de Pentecostés, día solemnísimo entre los judíos. Habia sido establecida, segun el Deuteronomio, con un doble objeto; para celebrar la memoria de aquel día en que fué dada por el Señor